

Martínez Campos, 12/II/09
GUIA

MOSAICO

Silviano Martínez Campos

LA PIEDAD, 12 de Febrero.- **A MI POSIBLE** lector (a) de este **MOSAICO**, probablemente pueda parecerle muy infantil la manera en que lo comienzo. Y tendrá toda la razón: es muy infantil. Los encuentros tan determinantes para toda la vida, son los de la infancia. Como aquella vez que por primera vez vi al monstruo negruzco, como subido de las tinieblas, como un sueño de pesadilla, con sus resoplidos humeantes, su grito lastimero como si le hubiesen estado clavando una estaca, su llegada imprevista (puesto que yo nunca lo había visto) y aquella impotencia, aquel no saber ni de qué se trataba, aun cuando hubiese cierta referencia de él, por los decires en el pueblo. Y aquella inmovilidad, aquella parálisis ante tal monstruo salido de no sé donde, tal vez del país de las pesadillas y que se dirigía hacia no sé dónde, tal vez al país de los sueños. Pero con todo, el miedo no era tan envolvente, porque tenía, al lado la confianza, la compañía de mi papá. Eso fue en Panindícuaro, a los siete, ocho años. Y el tal monstruo era la vieja locomotora de vapor. Era pues el tren. **BUENO, LA EXPERIENCIA** en cuestión fue ciertamente tremenda, por cuanto siempre es tremendo encontrarse con las profundidades oscuras del sí mismo, en este caso sus propios miedos. Pero la que sigue, es más atractiva, bella, plenificante, igualmente misteriosa, pero en bonito. Debo decir antes que mi primer encuentro con la cultura purépecha (decíamos tarascos antes, sin sentido peyorativo y lo aprendimos de una canción de las palomas mensajeras), fue a través de las bandas de música. El caso es que en una de esas veces, me quedé admirado, en Penjamillo, de que un niño músico a quien se le cayó una moneda, le dijera a su compañero, o tal vez fuera al revés, algo así como “escuasteroca”. Hágame favor, cómo distorsiona uno el lenguaje, pero así lo capté. Y me atreví a interpretar algo así como síguela buscando (la moneda). Pero esa diferencia se notaba en el arte de sus interpretaciones, ya que las tonadas de entonces, La Virgen Morena, la Casita de Paja, y La Pajarera, entre otras, capturaban de plano al auditorio infantil. Pero cuando en alguna otra ocasión recibíamos la banda en alguna fiesta pueblerina, aquel gusto que le daba a uno vibrar al ritmo de Guadalajara, entonces de moda. **CAMBIO DE FRECUENCIA** para decir que: estuvo por aquí la banda de la Escuela Indígena de Música de Ichán, cuyo director es el joven maestro, egresado del Conservatorio de Las Rosas en Morelia, **Samuel Cedillo**. Su trabajo de tres años en dicha comunidad indígena, según me dijo, ha consistido en integrar en la banda a músicos de las bandas locales. Unos no tocan mucho, otros sí, entonces entre ellos mismos y con el apoyo, van subiendo su nivel y se va montando repertorio.

La primordial motivación, es el interés. En el caso, les interesa la música clásica. En Ichán hay cerca de 18 bandas de música y de ellas proceden los de la escuela. El que sea sólo en esa comunidad, es por razones prácticas, facilidad de desplazarse, por ejemplo. Graban un disco, que está en proceso avanzado, con música tradicional, casi completamente de Ichán, dice el joven maestro. Abajeños, sonesitos, un “corpus”, la idea es incluir varias generaciones, todos compositores. Y se incluirán piezas nuevas, de jóvenes. De los maestros de Ichán, **Francisco Granados**, de **Ausencio Gregorio** que acaba de fallecer. Un son de **Archimiro Ausencio**, que está enfermo, en un homenaje a su persona y él es ahorita el compositor más importante de Ichán. Los sones, los abajeños, moviditos, son muy populares, dice Samuel Cedillo. El repertorio de los músicos tradicionales, desde luego es amplio. Incluye oberturas de compositores europeos y otra clase de obras y para las bandas es satisfactorio tocar esa música de significado más alto, porque se toca en fiestas comunales, es un status distinto a la música comercial (de alguna fiesta pueblerina, por ejemplo). En el caso, 27 músicos y el instrumental, obviamente de viento, complementado con timbales para las oberturas y congas y taroletas para los danzones, y desde luego los metales como trompetas, trombones, barítono, tuba, saxofones, clarinetes y saxores, completa la banda. Su idea es hacer más fuerte la música tradicional, para contrarrestar la fuerza de la mercantilización. No hay muchachas en la banda, por razones de género. Pero trabaja, dice en una banda de niñas en Ichán, con éxito, y esperan frutos en unos años. Al presentar al conjunto, el doctor **Benjamín Buenrostro Martínez**, director de Cultura del municipio, puso de relieve los méritos del conjunto musical de la escuela de música de Ichán, y anunció el repertorio que incluyó, como se dijo, las oberturas de músicos europeos, danzones, y sobre todo los populares abajeños, sones purépechas que hicieron bailar a más de alguno de los asistentes. **DEBO DECIR AL** final: el monstruo aquel que vi en Panindícuaro, seguía su camino mañanero hacia Ajuno, pero de paso (algunos kilómetros cerca) por Zirahuén, tierra de músicos, donde hay también bandas de renombre conformadas por verdaderos amantes e intérpretes de la riqueza cultural purépecha. Un recuerdo respetuoso para don **David**, músico de allí, a quien traté hará unos 54 años atrás, en mi inexperiencia juvenil (www.ziquitaro.zoomshare.com; www.lapiedadymiregion.wordpress.com; www.silviano.wordpress.com).

